

Seis grados de separación: del toque Lubitsch a la matemática moderna

José Luis López Fernández
Universidad de Granada
Departamento de Matemática Aplicada
e-mail: jllopez@ugr.es
URL: <http://www.ugr.es/~jllopez>

1. La lección de aritmética popular más cinematográfica que conozco, no actuada sino desde los mismos entresijos de la cinematurgia, desde las tripas del cine, se debe al maestro alemán Ernst Lubitsch, propietario único de un genuino “toque” que, cual rey Midas del celuloide, convertía en oro todo lo que pasaba por el tamiz de su oficio, en este caso oro narrativo de muchos quilates. Su discípulo más aventajado, un austriaco de ascendencia judía que reemplazó el Samuel original de su nombre por Billy —aunque sólo fuera para que Alfred Hitchcock tuviese oportunidad de enviarle un telegrama en el que apuntaba que “desde *Double Indemnity*, las dos palabras más importantes son *Billy Wilder*” —, nos lo explicó del siguiente modo:

Lo hace así: tú presentas veinte sugerencias y él elige la que le da el toque Lubitsch. Su mente trabaja de ese modo, mediante insinuaciones. No es el tipo de director que te da un coscorrón y dice: “Tengo dos y dos. Y dos y dos son cuatro. Tres y uno también son cuatro”. Sencillamente dice: “Aquí tengo dos y aquí otros dos”. Y luego deja que el público lo sume. El público es coescritor. Y ahí es donde llegan las risas... Su técnica le resulta evidente hasta al más tonto del pueblo, pero hace que éste se crea muy listo.

A lo que, unas cuantas películas después, el escritor y cineasta Vicente Molina Foix apostilló:

Lubitsch, y después de él Cukor o Preston Sturges, Capra, Rohmer más tarde y en otra onda, saben bien el cálculo infinitesimal que cada uno de sus planos de apariencia fortuita requiere.



Ernst Lubitsch (i) y Billy Wilder.

2. Billy Wilder fue probablemente el más reconocido y exitoso heredero del trabajo de Lubitsch. Para muchos un indudable genio, no sería justo al referirnos a su obra pasar por alto la magistral labor que llevó a cabo I.A.L. Diamond como escritor y guionista de buena parte de sus filmes, atrincherado siempre tras la sospechosa apariencia del nombre de guerra que le proporcionaban dichas siglas. Aunque se formase en periodismo e ingeniería en Columbia, algunas fuentes señalan que el propio Diamond atribuía las siglas ficticias de su nombre a las iniciales de la competición matemática interescolar en que presuntamente participaba, la *Interschool Algebra League*, aunque probablemente no se trate más que de otra de sus magistrales comedias.



Fotogramas de *El Apartamento*, de Billy Wilder.

3. La que, más que participar en las ligas de álgebra ligaba en nombre del álgebra y de sus diletantes, era la vivaracha Ariane, interpretada con singular candidez por Audrey Hepburn, filme éste que vuelve a llevar el marchamo inconfundible del maestro Wilder (es así como el eterno retorno nietzscheano nos devuelve al punto 1):

—Querido señor Flannagan: contestando a su pregunta en cuanto al número de hombres en mi vida, le doy lista detallada de lo mejor de mi colección: número uno, un profesor de álgebra pelirrojo [...].

El galán de esta comedia es un multimillonario norteamericano caracterizado por un Gary Cooper en estado de gracia, que por aquel entonces casi le duplicaba la edad a la protagonista. Inolvidable la lacrimosa secuencia final de la despedida en la estación:

—¿Qué te pasa?

—Nada. No es nada, de veras. El hollín... siempre me ocurre en las estaciones de ferrocarril, me irrita un poco los ojos.

Y el tren, como quince años antes había hecho el avión de *Casablanca*, marchó... Pero esa es otra historia.



Fotograma de *Ariane*.

4. El ferrocarril ha sido desde sus comienzos un elemento dramático indiscutible en la imaginaria cinematográfica. Desde *La llegada del tren a la estación de La Ciotat* de los hermanos Lumière, que llegó a aterrorizar a los espectadores de 1895 al pensar que la locomotora —filmada desde el andén en ángulo oblicuo a la dirección de su movimiento hasta que rebasó la posición de la cámara— se cernía sobre ellos y los arrollaba, hasta nuestros días, el ferrocarril ha alumbrado multitud de aventuras variopintas en la pantalla, desde el “caballo de hierro” del *western* al cine de terror, pasando por el suspense (solo en la obra de Hitchcock puede rescatarse una amplia lista de títulos con referencia explícita o bien en su contenido al fenómeno ferroviario: piénsese por ejemplo en *Extraños en un tren*; *Alarma en el expreso*; *El número 17*, que contiene un espectacular choque de trenes para la época; o *Con la muerte en los talones*, filme en que el expreso Siglo XXI desempeña un destacado papel) y por la traslación a la pantalla, igual que sucedió con la pintura impresionista, de una concepción eminentemente cinética del paisajismo. Pero si alguien ha brillado con luz propia en el cine en compañía de un tren, ése ha sido sin duda Buster Keaton: el maquinista de *La General*, el hombre de la cara de palo, el gran ingeniero en los sets de rodaje, el obseso de la perfección milimétrica y artífice de piezas y máquinas animadas que cobraban tanto o más protagonismo que los mismos actores, porque eran también actores. De ahí que su pensamiento enfilase los siguientes derroteros:

Todos los gags están extraídos de las leyes del espacio y el tiempo. Nos servimos de piezas como si fuesen personajes, haciéndolas avanzar conforme los juegos de escena lo requieren, obligándolas a adoptar nuestro paso. Una buena escena cómica conlleva más cálculos matemáticos que una construcción mecánica.



La General... Y el maquinista.

5. Buster Keaton protagonizó, pocos meses antes de su muerte, el mediodrama *Film*, dirigido en 1965 por el novelista y dramaturgo irlandés Samuel Beckett en colaboración con Alan Schneider. El personaje encarnado por Keaton en *Film* es una prolongación de los personajes literarios del autor, cuyos rasgos comunes —nihilistas, contradictorios, absurdos...— son tan rotundos y están tan bien definidos que constituyen referentes arquetípicos para multitud de dramatizaciones procedentes de todos los ángulos del *show business* y la cultura. Según David Lodge, estudioso de la obra de Beckett, sus personajes “buscan desesperadamente imponer un orden puramente matemático sobre la experiencia, en ausencia de cualquier orden metafísico”. Cuatro años después de rodar *Film*, allá por 1969, “el más trágico de los escritores cómicos modernos”, como lo calificase Guillermo Cabrera Infante, recibía el premio Nobel de Literatura.



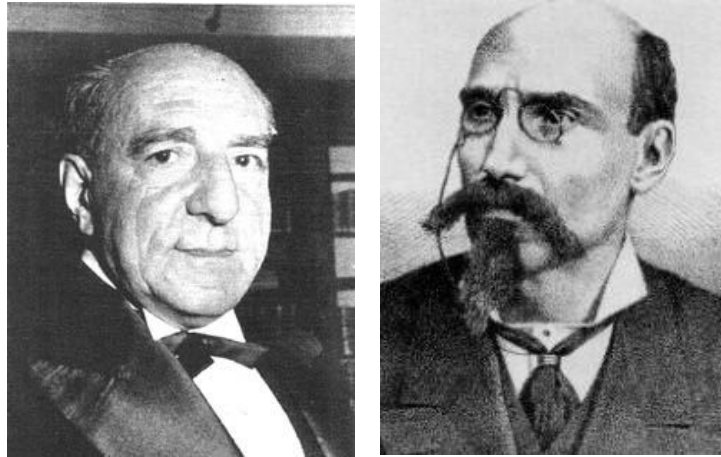
Fotogramas de *Film*.

6. Sesenta y cinco años antes, en 1904, un español recibía el mismo galardón como reconocimiento a su vasta y excelsa trayectoria literaria. Sin embargo, aparte de escritor y dramaturgo, la persona a que me refiero fue también ingeniero desde los veinte años y cuatro veces ministro. Se trata de José Echegaray. Julio Rey Pastor, probablemente el matemático español con más proyección internacional de la época, gran divulgador y uno de los fundadores de la Sociedad Matemática Española, declaró en una ocasión: “*Para la matemática española el siglo XIX comienza en 1865, y comienza con Echegaray*”. En su hermoso discurso de ingreso en la Real Academia de las Ciencias Exactas, Echegaray pronunció las siguientes palabras:

Si, prescindiendo de aquellos siglos en que la civilización arábiga hizo de España el primer país del mundo en cuanto a la ciencia se refiere, sólo nos fijamos en la época moderna, y comenzamos a contar desde el siglo XV, bien comprenderéis que no es esta, ni puede ser esta, en verdad, la historia de la ciencia en España, porque mal puede tener historia científica pueblo que no ha tenido ciencia. La imperfecta relación que habéis oído, es resumen histórico de la ciencia matemática, sí; pero en Italia, en Francia, en Inglaterra, en Holanda, en Alemania, en Suiza, que es donde renace la geometría cartesiana, la teoría de ecuaciones, el análisis algebraico, la teoría de los números, los cálculos del infinito, el análisis indeterminado, el cálculo combinatorio, la moderna geometría trascendente y la teoría de las

curvas: es la historia de la ciencia allá donde hubo un Viete, un Descartes, un Fermat, un Harriot, un Wallis, un Newton, un Leibniz, un Lagrange, un Cauchy, un Jacobi, un Abel; no es la historia de la ciencia aquí, donde no hubo más que látigo, hierro, sangre, rezos, braseros y humo.

Afortunadamente, nuestro país está hoy entre las diez potencias científicas del mundo.



Julio Rey Pastor (i) y José Echegaray.



Sobre el autor

José Luis López Fernández nace en Almería en 1971. Con dieciocho años se traslada a Granada para cursar la licenciatura en Matemáticas, donde se doctora en 1999 con una tesis que versa sobre la teoría cinética y cuántica de partículas desde la perspectiva de las ecuaciones en derivadas parciales, realizada bajo la supervisión del profesor Juan Soler Vizcaino. Actualmente continúa desempeñando su labor docente e investigadora en Granada, de cuya Universidad es, desde 2001, profesor titular adscrito al Departamento de Matemática Aplicada. Es autor de una veintena de artículos científicos publicados en revistas especializadas, como *Journal of Differential Equations*, *Mathematical Models and Methods in Applied Sciences* o *Physical Review E*, así como del artículo de divulgación matemática *La cuadratura del celuloide: una visión científica del cine y viceversa*, publicado en la revista *Pasaje a la Ciencia*, y de un libro homónimo, actualmente remitido para publicación.